

Centenario del “Mensaje a García”

Aquiles R. Ayala-Ruíz*

Pocos ensayos han recibido tanta atención mundial como el “Mensaje a García” escrito por Elbert Green Hubbard en 1899. La razón, por tratarse de una lección moral sobre el deber y la obediencia. Hubbard fue un autor de novelas y ensayos. Pero uno de éstos, trascendería gobiernos y hasta estructuras militares de varios países como Rusia, Japón, Francia, Alemania e Inglaterra. Hijo de un médico, Hubbard dejó su ciudad natal (16 de junio de 1859) Bloomington, Illinois a la edad de 16 años para trasladarse a Chicago y trabajar como periodista, su éxito económico lo alcanzó como publicista de una manufacturera neoyorkina que le permitió fundar su propia empresa editorial hacia 1893.

El 25 de abril de 1898, Estados Unidos declaró la guerra a España accediendo así a Cuba y Filipinas. Líderes civiles y militares aconsejaron al Presidente McKinley que buscara la cooperación de un líder cubano, el general Calixto García Iñiguez, a efecto de facilitar el desembarco de las tropas norteamericanas en Cuba. Esta misión secreta y de considerable peligro le fue confiada al teniente Andrew Summers Rowan, un veterano con 17 años de servicio y graduado en West-point. Proveniente de una clase media alta y con conocimiento del lenguaje español adquirido a través de una estancia en Chile, Rowan no tuvo dificultad de hacerse pasar como un “deportista inglés” que navegaba por el Caribe. Después de un mes, Rowan entregó su famoso mensaje a García, lo interesante fue que además de cumplir con su deber, lo hizo sin la ayuda de nadie.

En 1899, Hubbard enfadado por la incompetencia y pereza de sus empleados se sintió atraído por el interés de su hijo en la hazaña de Rowan, durante una conversación. Al parecer, ambas líneas de pensamiento fueron la inspiración del

famoso ensayo que vio la luz primero en una revista local y su divulgación más tarde a miles de panfletos leídos alrededor del mundo. Como una paradoja del destino, Hubbard murió el 7 de mayo de 1915 cuando viajaba en el trasatlántico “Lusitania” hundido por un submarino alemán. No se sabe si los oficiales y tripulación de ese submarino leyeron su ensayo, el caso es que cumplieron con su deber ese día y le regresaron así “el mensaje”, que a continuación es reproducido.

Un mensaje a García

En la historia de la guerra cubana hay un hombre que se destaca en mi memoria como Marte en perihelio. Al estallar la guerra entre los Estados Unidos y España era indispensable entenderse con toda urgencia con el Jefe de los revolucionarios de Cuba. En esos momentos este Jefe, el General García estaba emboscado en las asperezas de las montañas; nadie sabía donde, ninguna comunicación le podía llegar ni por correo ni por telégrafo, no obstante era preciso que el Presidente de los Estados Unidos se comunicara con él, que hacer? Alguien dijo al presidente; “si es posible encontrar a García, conozco a un tal Rowan que lo hará”. Buscaron a Rowan y se le entregó la carta para García. Rowan tomó la carta y la guardó en una bolsa impermeable, sobre su pecho, cerca del corazón. Al cuarto día saltó de la sencilla canoa que lo había conducido a las costas de Cuba, desapareció por entre los juncas y después de tres semanas se presentó al otro lado de la isla, después de atravesar a pie un país hostil y habiendo entregado a García el mensaje del que era portador. No es el objeto de este artículo la narración detallada del episodio que he descrito a grandes rasgos, lo que quiero hacer notar es lo siguiente: Mc. Kinley le dio a Rowan una carta para que se la entregara a García, y Rowan no preguntó: adonde lo encuentro? ¡santos cielos! he aquí a un hombre que debe ser inmortalizado en bronce y su estatua colocada en todos los colegios del país. No es erudición lo que necesita la juventud, ni enseñanza de tal o cual cosa, sino la inculcación del amor al deber, la fidelidad a la confianza que se le deposita. El obrar con prontitud al concentrar todas sus energías, hacer bien lo que se tiene que hacer.

*Tesorero, Academia Nacional de Medicina de México A.C., Endocrinólogo, Director de Investigación y Enseñanza.

Correspondencia y solicitud de sobretiros: Dr. Aquiles R. Ayala Ruíz, Hospital Juárez de México, SSA. Av. Politécnico Nacional 5160, Col. Magdalena de las Salinas, 07760 México, D.F.

El General García ha muerto; mas quedan otros Garcías

Todo hombre que ha tratado de llevar a cabo una empresa en la cual necesita la ayuda de muchos otros, se ha quedado azorado con frecuencia ante la estupidez de la generalidad de los hombres, su incapacidad o falta de voluntad para concentrar sus facultades en una idea y ejecutarla. Ayuda de pacota, craso descuido, execrable indiferencia y apatía por el incumplimiento de sus deberes, tal es y ha sido siempre la rutina; así ningún hombre sale avante, ni jamás se logra éxito alguno si no es con amenazas o de cualquiera otra manera se obliga a sobornar a aquellos cuya ayuda se necesita.

¡Ah, querido lector, haz tu la prueba! Te supongo muy tranquilo, sentado en tu despacho, y a tu alrededor seis empleados dispuestos todos a servirte. Llama a uno de ellos y hazle este encargo: "Favor de buscar la enciclopedia y hacerme un breve memorándum acerca de la vida de Correggio". Esperabas que tu dependiente con toda calma te conteste "sí señor" y vaya tranquilamente a poner manos a la obra?. ¡Mil veces no! abrirá desmesuradamente los ojos, te mirará sorprendido y te dirigirá una o más de las preguntas siguientes:

¿Quién fue? ¿Cuál enciclopedia? ¿En donde está la enciclopedia?, ¿Esto me corresponde a mí?, ¿Usted quiere decir Bismarck, no es cierto?, ¿No sería mejor que lo hiciera Carlos?, ¿Ha muerto ya?, ¿Lo necesita usted enseguida?, ¿No sería mejor que le trajera el libro para que usted mismo lo buscara?, ¿Para qué lo quiere usted saber? Apuesto diez contra uno, a que después de haber contestado a tales preguntas y explicado como hallar la información que deseas y para qué la quieres, tu dependiente se marchará confuso e irá a solicitar ayuda de sus compañeros para "encontrar a García" y regresará después para decirte que no existe tal nombre, puedo por excepción perder la apuesta pero en la generalidad de los casos tengo muchas probabilidades de ganar. Si conoces la ineptitud de tus empleados, no te molestarás en explicarle a tu "ayudante" que Correggio se encuentra en la letra C, y no en la K; te limitarás a sonreír e irás a buscarlo tu mismo.

No parece, si no que se hace indispensable el nudoso garrote y el temor de ser despedido el próximo sábado, para retener a muchos empleados en sus puestos, solicitaré un taquígrafo y de cada diez que ofrezcan sus servicios nueve no sabrán escribir con taquigrafía y algunos de ellos considerarán este conocimiento como secundario.

¿Podrá tal persona redactar una carta a García?, ¿Ve usted en esta un tenedor de libros? Me decía el administrador de una fábrica. "Sí... y bien? es un gran contador pero si le confío una comisión, tal vez por casualidad la desempeñe con acierto, pero temo que en el camino se detenga en cada cantina que encuentre y cuando llegue a la calle real haya olvidado completamente a que fue". Crees querido lector que a tal hombre se le pueda confiar un mensaje a García?

Últimamente ha sido excitada nuestra compasión por los enternecedores lamentos de los desheredados, esclavos del salario que van en busca de empleo y de esos tipos que a menudo van acompañados de maldiciones para los que están "arriba". Nadie compadece al patrón que envejece antes de tiempo esforzándose en vano para conseguir que el aprendiz chambón ejecute el trabajo bien, ni nos ocupamos del tiempo y paciencia que pierde en educar a sus empleados en sus

quehaceres, empleados que flojean en cuanto vuelve la espalda. En todo almacén o fábrica se encuentran muchos zánganos y el patrón se ve obligado a despedir a sus empleados todos los días, por su ineptitud para defender los intereses de la negociación, a estos siguen y seguirán muchos iguales. Esta es invariablemente la historia que se repite en tiempo de abundancia, solo que cuando por efecto de las circunstancias escasea el trabajo, tendrá el jefe la oportunidad de escoger con más cuidado señalando la puerta a los ineptos y holgazanes. Por interés propio, cada patrón procura conservar lo mejor que encuentra, es decir, aquellos que puedan llevar un mensaje a García.

Conozco a cierto individuo que se halla dotado de cualidades y aptitudes verdaderamente sorprendentes, pero que carece de habilidad necesaria para manejar sus propios negocios, y es en absoluto inservible para los demás; sufre la monomanía de que sus jefes lo tiranizan y tratan de oprimir. No sabe dar órdenes ni quiere recibirlas. Si se le confía un mensaje a García, contestará probablemente "lévelo usted mismo". En estos momentos este individuo recorre las calles en busca de trabajo, sin más abrigo que un deshilachado saco, por donde se cuela el aire silbando, nadie que lo conozca accederá a darle empleo; a la menor observación que se le hace monta en cólera y no admite razones; será preciso tratarlo a puntapiés para sacar de él algún partido. Convengo de buen grado en que un ser tan deforme, bajo el punto de vista normal es digno cuando menos de la misma compasión que nos inspira el lisiado físicamente, pero en medio de nuestro filantrópico enternecimiento, no olvidemos derramar una lágrima por aquellos que se afanan en llevar a cabo una gran empresa cuyas horas de trabajo son ilimitadas pues para ellos no existe el silbato. Por aquellos que a toda prisa encanecen, a causa de la lucha constante que se ven obligados a sostener contra la mugrienta indiferencia, la andrajosa estupidez y la negra ingratitud de sus empleados, a no ser por el espíritu emprendedor de aquellos, se verían sin hogar y acosados por el hambre.

Son demasiados severos los términos en que acabo de expresarme?. Tal vez sí, pero cuando todo el mundo ha prodigado sus compasión por el proletario inepto yo deseo pronunciar una palabra de simpatía por el hombre que ha triunfado, el hombre, que luchando con grandes obstáculos, ha dirigido los esfuerzos de otros, y después de haber vencido, se encuentra con que lo hecho no vale nada, solo la satisfacción de haber ganado su pan. Yo mismo he cargado la porta viandas y trabajado por el jornal diario; y también he sido patrón de empresa, empleado "ayuda" de la misma clase a que me he referido y sé bien que hay argumentos para los dos lados. La pobreza en sí no reviste excelencia alguna. Los harapos no son recomendables ni recomiendan por ningún motivo. No son todos los patronos capaces y tiranos, ni tampoco todos los pobres son virtuosos. Admiro con todo el corazón al hombre que cumple con su deber, tanto cuando está ausente el jefe como cuando está presente. Y al hombre que con toda calma toma el mensaje que se le entrega para García sin hacer preguntas tontas, ni abrigar aviesas intenciones de arrojarlo en la primera atarjea que se encuentre, o hacer cualquier otra cosa que no sea entregarlo, jamás encontrará cerrada la puerta, ni necesitará armar huelgas para procurarse aumento de sueldo.

Esta es la clase de hombres que se necesitan y a los cuales nada puede negárseles, son tan escasos y tan valiosos que ningún patrón consentiría en dejarlos ir. A un hombre así se le necesita en todas las ciudades, pueblos, aldeas, en todas las oficinas, talleres, fábricas y almacenes, el mundo entero clama por él, se necesita, urge quien pueda llevar el mensaje a García. "

Tal vez este ensayo no sea perfecto pero encierra mucho de verdad. De albergarse este espíritu en nuestra profesión sin duda podría darse más vigor a empresas originales y con impacto mayor, tan ansiadas en México.

Nota de los editores

A pesar de que este artículo no corresponde estrictamente al tema de Historia y Filosofía de la Medicina", nuestros Revisores recomiendan su publicación debido a su mensaje filosófico de interés general que contiene.